

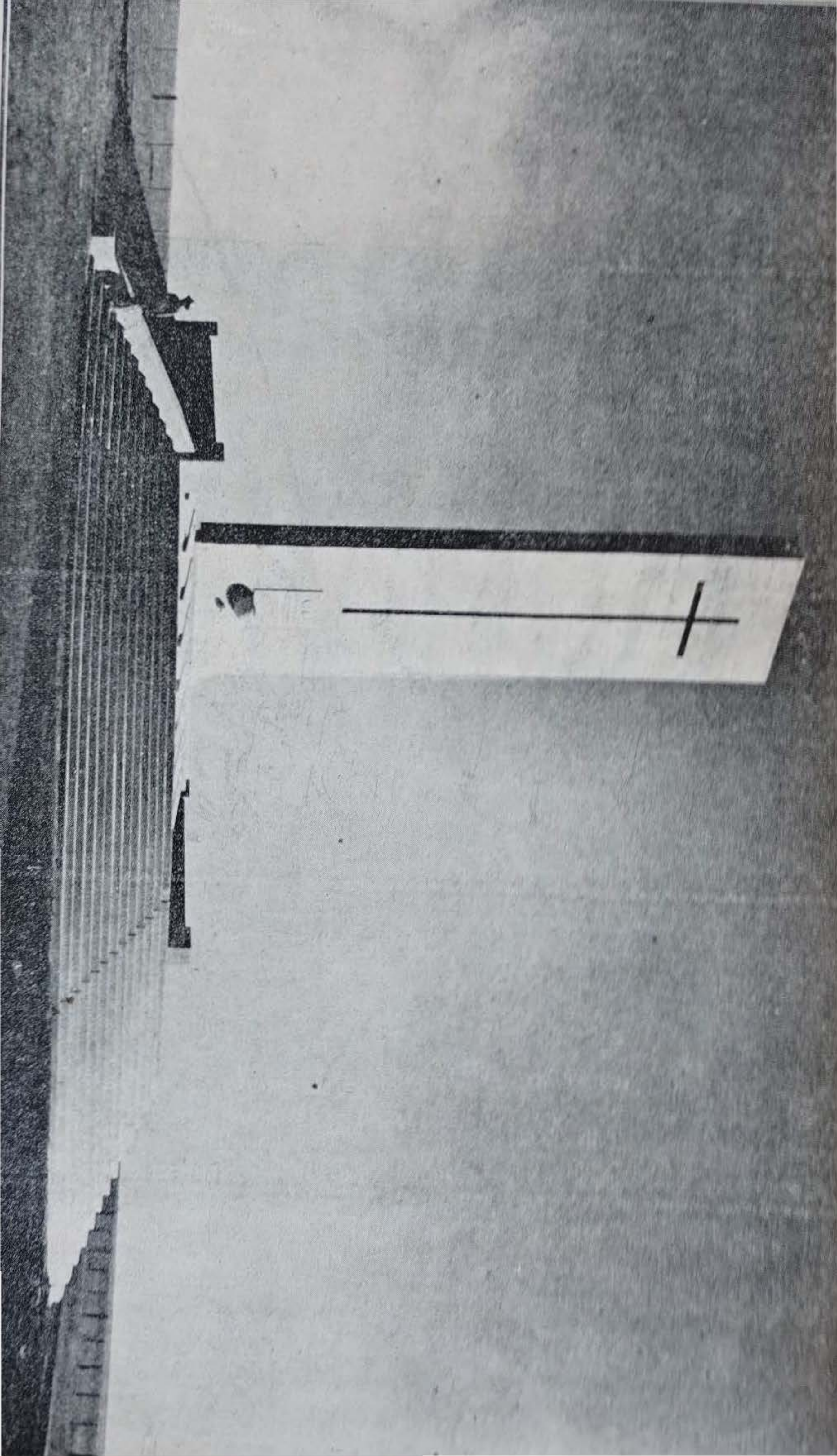
sitas a nuestro país. La elección de sus compañeros de armas lo llevó hace tres años a ejercer la presidencia del Círculo Militar. Alcanzan los servicios militares que tiene computados a un total de 47 años, 7 meses y 2 días.

GENERAL DE BRIGADA D. RAMON R. ESPINDOLA

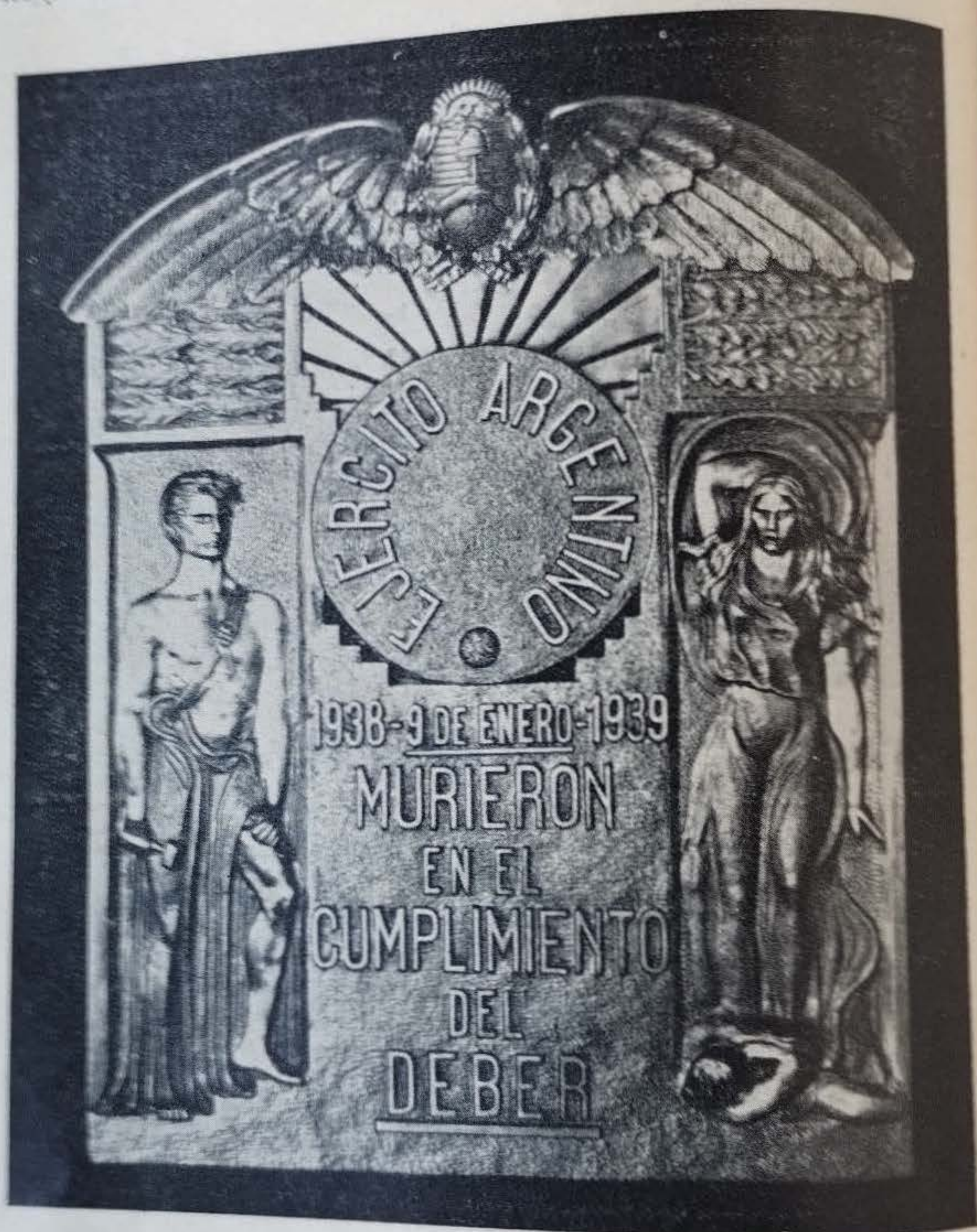
El 22 de septiembre de 1879 nació en la ciudad de Catamarca, ingresando en el Colegio Militar el 6 de febrero de 1899, para egresar como subteniente de infantería el 10 de enero de 1903. Mientras desempeñaba sus funciones en el Regimiento 14 de Infantería, ascendió en 1906 al grado de teniente, y al año siguiente se lo envió a Alemania, en donde se incorporó al Regimiento de Granaderos "Rey Federico Guillermo I". De regreso en el país fué transferido al Colegio Militar y nombrado profesor de topografía y dibujo, pasando en 1912 a la Escuela Superior de Guerra, de la cual egresó con el diploma de oficial de estado mayor. Fué luego designado auxiliar en el Estado Mayor General, y, poco después, oficial del Regimiento 2 de Infantería y del comando de la 1ª División de Ejército, en donde ascendió a mayor en 1918. En adelante desempeñó los cargos que se indican: jefe de sección en el Estado Mayor General, agregado militar en Bolivia, jefe del primer batallón del Regimiento 2 de Infantería, profesor de Táctica en la Escuela Superior de Guerra, jefe del Regimiento 1 de Infantería y jefe de división del Estado Mayor General. Al producirse el movimiento de septiembre de 1930 se lo nombró director de la Cárcel de Eneausados, cargo que desempeñó hasta fines de enero del año siguiente, en que fué designado comandante de infantería de la 2ª División. Ascendió a coronel el mismo año, pasando a ejercer la dirección del Arsenal "San Lorenzo", y luego las funciones de subjefe C del Estado Mayor General. Poco después de ser promovido a general de brigada, en 1936, se le confió la dirección del Instituto Geográfico Militar, y en 1937, el cargo de comandante de la 2ª División de Ejército. Sus servicios militares computados alcanzan a 44 años.

Nuestros muertos de Itacumbú.

Se ha cumplido un año de la tragedia que conmovió profundamente lo más íntimo del alma de la Patria, puesto que ultimó a nueve preciosas vidas argentinas, y ese tiempo ha arraigado más hondo el dolor que enlató a todos los espíritus, no sólo en nuestro país sino también en los países hermanos, particularmente el Uruguay y el Brasil, los cuales, ya unidos fuertemente a nosotros por glorias comunes y afectos recíprocos, hallaron en aquella inmensa pena nuestra un eslabón más de unión y confraternidad. Por esto, hermanáronse delegaciones de los tres países al ser inaugurado, en el pedazo de tierra que fuera tumba prematura de aquellos queridos muertos, el monumento que el Ejército Argentino ha dedicado a sus memorias caras, constituido por el símbolo más sublime que puede presentar la humanidad: la Cruz. A su pie quedaron colocadas las placas de bronce dedicadas por el Ejército, el Círculo Militar y la Aviación Militar, argentinas.



Simultáneamente con el acto que se realizó en Itacumbú, oficióse en Buenos Aires, en la Catedral Metropolitana, un solemne funeral al que concurrieron los Excmos. señores Presidente y Vicepresidente de la Nación, el ex presidente general D. Agustín P. Justo, los señores ministros nacionales y muchas otras autoridades civiles, así como las esposas de los nombra-



dos, un numeroso núcleo de generales y almirantes, un gran número de jefes y oficiales y demás personas de la sociedad que llenaron el templo.

La delegación argentina a Itacumbú fué presidida por el Excmo. señor ministro de Guerra, general D. Carlos D. Márquez, concurriendo, asimismo, el general D. Armando Verdaguer.

De la comitiva del Ministro formaron parte su ayudante de campo, mayor D. Antonio Coméndez; el vicario general del Ejército, monseñor don

Andrés Calcagno; D. Eduardo Sánchez Terrero; como delegados del Círculo Militar el coronel D. Luis C. Perlinger y los mayores D. Claudio A. Mejía y D. Bernardo Menéndez; una delegación de la Escuela de Caballería, presidida por el mayor D. Heriberto Jantz; una delegación del Regimiento 1 de Artillería, presidida por el teniente coronel D. Otto H. Helbling; una delegación de la Escuela de Infantería, encabezada por el mayor don Juan B. Boeri; una delegación del comando de aviación del Ejército, al frente de la cual estuvo el teniente coronel D. Alfredo Pérez Aquino; una delegación del Regimiento Aéreo N° 1, presidida por el teniente coronel D. Victoriano Martínez de Alegría; una delegación de suboficiales del Regimiento Aéreo N° 1, encabezada por el sargento ayudante D. Eustaquio Carrasco; una delegación del Ministerio de Marina, dirigida por el capitán de fragata D. Edgardo R. Bonnet, y una delegación de estudiantes de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, presidida por D. Antonio Galloti.

La aviación argentina estuvo representada por:

Avión Lockheed N° 162, piloteado por el capitán D. Pablo C. Passio; copiloto, coronel D. Antonio Parodi; mecánicos: asimilado a sargento don Rubén Alessandretti y asimilado a cabo 1° D. Héctor Maciel, y radiotelegrafista asimilado a sargento D. Alfredo Herrera; como pasajero, el capitán D. Enrique Maranessi.

Avión Northrop N° 426, piloteado por el teniente 1° D. Eduardo Correa y radiotelegrafista asimilado a sargento D. Abraham Stezobsky.

Avión Northrop N° 427, piloteado por el teniente 1° D. Venancio Fabri y copiloto capitán D. César R. Ojeda.

Avión Northrop N° 428, piloteado por el teniente 1° D. Juan F. Fabri y copiloto capitán D. Samuel Guaycochea.

Avión Northrop N° 429, piloteado por el teniente D. Angel García Bollini y copiloto capitán D. Anacleto Llosa.

Avión Northrop N° 430, piloteado por el sargento 1° D. Ramón Barros y copiloto teniente 1° D. Alberto N. Ferro Sessarego.

La representación del Uruguay fué presidida por el Excmo. señor ministro de la Defensa Nacional, general D. Alfredo R. Campos, y la integraron los siguientes militares: coronel D. Pedro Sizzo, jefe del Estado Mayor del ejército y delegado del Centro Militar; coronel D. Guillermo Buadas, designado en carácter de edecán del ministro de Guerra argentino, general D. Carlos D. Márquez; coronel D. José San Martín, subjefe de la Región Militar N° 2; coronel D. David M. Colombo, jefe de la Brigada de Caballería N° 1; coronel D. Esteban Cristi, director de Aeronáutica; teniente coronel D. Arturo Paz, representante del arma de Ingenieros; capitán D. Juan A. Barú, coronel D. Julio Herrero, teniente coronel D. Mario A. Rodríguez y los tenientes coroneles D. Carlos Quiñones y D. Ricardo Botta, ayudantes del general Campos.

Formó parte de la comitiva, además, el Dr. José A. Mora Otero, por el Ministerio de Relaciones Exteriores. En Salto, se incorporaron los jefes y oficiales del Regimiento de Caballería N° 6, el jefe del Batallón de Infantería N° 8, los jefes de policía e intendentes municipales de Salto y Ar-

tigas y los jefes y oficiales de los guardacostas fondeados en el puerto de aquella ciudad, para rendir honores a los delegados visitantes, en nombre de la Armada Nacional.

Realizaron el viaje junto con el general Campos; su ayudante, teniente coronel Botta; el embajador argentino, señor Roberto Levillier; el agregado militar, coronel D. Juan Lucio Cernadas; el cónsul general, Dr. Varela; el agregado militar a la embajada del Brasil, coronel D. Agustín Correia Lima, y otros miembros de esta representación.

Además de la escuadrilla de aviones que voló sobre Itacumbú, el gobierno del Uruguay dispuso la concurrencia a la ceremonia del Regimiento 6 de Caballería y de la banda del Regimiento 8 de Infantería.

La delegación uruguaya condujo una corona de bronce y banderas nacionales, argentinas y brasileñas, para izarlas junto al monumento.

En virtud de un decreto del Poder Ejecutivo, se acepta la autorización conferida por el gobierno del Uruguay al Ejército Argentino para utilizar la parcela de terreno situada en la 9ª sección judicial del departamento de Artigas, formada por una hectárea de superficie, aproximadamente, con el fin de erigir una piedra recordatoria de los caídos en Itacumbú.

La parcela de tierra fué adquirida por el gobierno del país hermano, por intermedio de su Ministerio de Defensa Nacional, para destinarla al fin indicado.

Por el mismo decreto se designa al agregado militar a la embajada en Montevideo para que, en nombre y representación del Poder Ejecutivo, reciba los títulos de dicho terreno.

El decreto termina agradeciendo al gobierno uruguayo su honroso y generoso gesto.

LA DELEGACION BRASILEÑA

Juntamente con el embajador Luzardo actuaban en la delegación brasileña el segundo secretario de la embajada, señor Brande, y el agregado militar a la misma, coronel Correia Lima.

También asistieron el señor Felipe Iriart, presidente del Círculo Argentino del Uruguay; el cónsul argentino en Montevideo, doctor Varela, y el canciller del consulado, señor Boggini.

Llegado a la ciudad de Salto, el barco que condujo a la delegación argentina, subieron a bordo los representantes uruguayos.

Después de saludar militarmente al ministro argentino, el general Campos le dió un prolongado abrazo y pronunció seguidamente algunas palabras de bienvenida, que contestó aquel con su mismo acento de emoción. Luego se adelantó el intendente municipal de Salto, D. Pedro Invernizzi, quien declaró huésped de honor al general Márquez. Este, después de agradecer con breves frases el cordial recibimiento del intendente, pasó revista a las fuerzas del

Batallón 8 de Infantería, que comanda el teniente coronel Santos Ferreyra, las cuales se hallaban apostadas en las inmediaciones de aquel lugar. Instantes después, los ministros argentino y uruguayo y el intendente de Salto ocuparon un automóvil, en el que se dirigieron seguidos por el resto de la comitiva, hasta la estación del F. C. Uruguayo del Norte, donde tomaron el tren especial que poco más tarde partió para Itacumbú.

En poco más de tres horas, el convoy llegó a las proximidades de la estación Tomás Gomensoro, distante escasos kilómetros de las márgenes del arroyo Itacumbú, donde ha sido levantado el monumento que perpetuará la memoria de la trágica jornada de hace un año. La llegada de las comitivas argentina y uruguaya fué esperada con visible emoción por los pobladores del lugar, muchos de los cuales debieron recorrer largas distancias, a caballo y en automóvil, para estar presentes en el homenaje.

En un campo vecino se advertía la presencia de las máquinas de los ejércitos uruguayo y brasileño, que también habrían de contribuir algo más tarde al realce de la ceremonia, y cuyos pilotos fueron presentados al ministro argentino; por su parte, el general Campos saludó a los aviadores brasileños y se interesó por la travesía que terminaban de realizar desde Monte Caseros. Poco después, la comitiva inició la marcha a pie hasta el sitio en que ha sido emplazado el monumento, el cual dista unas tres cuadras de las vías del ferrocarril.

En una amplia plataforma, a la que se llegó por escalinatas circulares, se levanta una mole de hormigón con una gran cruz calada, que acentúa su serena y majestuosa impotencia. Bajo la cruz, una placa con inscripciones recordatorias afirma que ese dolor argentino servirá para que sean más estrechos todavía los vínculos de amistad que lo unen con el pueblo uruguayo. Y, finalmente, a manera de luminaria de la leyenda, una lámpara de cobre y nueve lápidas con el nombre de cada una de las víctimas.

Fuerzas del Regimiento 6 de Caballería, al mando del teniente coronel D. Héctor Anaya Ojer, presentaron armas al paso de los ministros, que se trasladaron seguidamente al pie del monumento, donde monseñor Calcagno inició la ceremonia, oficiando una misa de campaña y procediendo a la bendición del monumento, rezando asimismo un responso ante las nueve lápidas. Mientras se desarrollaba el santo oficio, evolucionaron sobre el lugar aviones argentinos, brasileños y uruguayos, cuyos pilotos dejaron caer sendos ramos de flores.

El señor ministro de Guerra, general Márquez, pronunció en seguida el discurso que reproducimos más adelante, y después de los aplausos que recibieron las palabras finales, inició una brillante improvisación el embajador brasileño en el Uruguay, Sr. Juan Bautista Luzardo.

Manifestó, en primer término, que llevaba el testimonio de adhesión del gobierno y del pueblo de su patria, íntimamente identificados con el dolor de los argentinos.

Seguidamente el Sr. Luzardo recordó los actos de confraternidad realizados hace un año en Paso de los Libres y en Uruguayana, y tras de asociarlos a la catástrofe de Itacumbú y referirse a la pérdida que entraña

para nuestro país la muerte de algunos de sus militares más caracterizados, sostuvo que el monumento que se termina de inaugurar debe servir en lo futuro para acentuar los sentimientos expresados en aquella oportunidad.

A continuación pronunciaron los discursos que también van insertos, el señor ministro de la Defensa, general Campos, y el teniente 1º (R.) don Miguel J. Rojas, quien habló en nombre de los amigos.

DISCURSO DEL GENERAL MARQUEZ

“El Ejército Argentino, empeñado en cicatrizar una herida que no cierra, a pesar del tiempo y del trabajo que lo absorbe, ha venido a este pedazo de suelo hermano, para derramar lágrimas de renovado dolor y a perpetuar en forma tangible e imperecedera la amargura que dejó en su espíritu la muerte de ocho soldados queridos y un civil que les acompañaba, mientras regresaban a sus actividades habituales, después de haber cumplido su deber en un rito memorable de paz y de concordia americana.

“Aquella tragedia enorme que se desarrolla bajo un cielo obscuro y tempestuoso fué como el combate de dos aves gigantescas: el huracán que baja de la altura y la máquina del hombre que sube desafiando su violencia. Era el ingenio y el talento que se enfrenta con la fuerza ciega e inconsciente, que rompe y que destruye, que mata y aniquila.

“Nadie quedó con vida, como si el huracán que envolvió la máquina atrevida hubiera tenido interés en que no se revelara al mundo el secreto de su crimen. Celoso de que el hombre se adentrara en su seno rutilante de truenos y centellas, enredó las alas del ave que se levantaba de la tierra, con los lazos impalpables de sus vientos que silbaban de antemano la agria sinfonía de la muerte...

“Y nada fueron en la maniobra fulminante de la tempestad, ni el cerebro de la máquina que era el hombre talentoso que empuñaba su volante, ni la seguridad de la máquina que recibió el zarpazo traicionero sin reacción posible. Al sentir su derrota se precipitó a tierra, con la preciosa carga de sus hombres de guerra que volvían de estrechar vínculos de paz, dando prestigio al acto de la inauguración de un puente entre dos pueblos para el intercambio afectivo, cultural y comercial de sus respectivos ciudadanos.

“Y para que no estuviera ausente en ese duelo el pueblo uruguayo, que con el Brasil y la Argentina compartiera los sacrificios del vivaque y los laureles de la victoria en otros tiempos: fué tierra uruguaya la que recibió los restos informes de aquel racimo de esperanzas de mi patria. Y fueron los pobladores de estas soledades los que contemplaron el cuadro desolador de la catástrofe. Y fueron militares uruguayos —y permitidme que consigne sus nombres, como un tributo de profunda gratitud a sus sacrificios— el coronel D. Julio Herrero, el capitán aviador D. Conrado Artigas Sáenz y el teniente 1º de caballería D. Pillera, quienes bajo las inclemencias del tiempo y azotados por las ráfagas de la ventisca, disputaron al huracán las partículas de aquellos cadáveres, que luego nos devolvieron envueltas en el sol de su bandera, como si hubieran querido cubrir la noche de nuestro duelo con el día rutilante de sus glorias.

“Al año de aquella desgracia el Ejército de mi patria, destrozada el alma de dolor, pero rebosante de gratitud a los pueblos hermanos, el Brasil y el Uruguay que tan sentidamente nos acompañaron en el día trágico, viene a pronunciar el nombre de sus camaradas muertos, honra de las armas argentinas, ejemplos de intrepidez y esperanzas tronchadas cuando cifrábamos en ellos nuestras más fundadas ilusiones: coronel D. Abrahán Schweizer, tenientes coroneles D. Antonio Berardo, D. Firmo H. Posadas y D. José F. Bergamini, y mayor Víctor V. Vergani.

“Puedo afirmar, sin temor de equivocarme, porque está en la conciencia del Ejército, que acabo de pronunciar nombres de oficiales que eran astros de primera magnitud en la constelación de las armas argentinas. Aunque en distintas proporciones, tenían su representación en ese grupo de caídos la suma de todas las condiciones intelectuales y morales, humanas y militares, desde el talento y la penetración que son dones de la inteligencia, hasta la caballerosidad y el coraje que son virtudes privativas de los conductores de tropas y el amor a las instituciones armadas y la veneración de la bandera, que son características de la vocación militar y el ansia de superación que es el crisma consagratorio de los espíritus selectos.

“Con nuestros oficiales, confundidos en idéntica aspiración de amor por el engrandecimiento de su patria, cayó el teniente de navío D. Juan Oresch-nik, alma ascensional de aspiraciones amplias y sin límites como el mar.

“Y cayeron los suboficiales: sargento 1º D. Rosa León Castillo y sargento asimilado D. Victorio V. Leveratto, que se votaron por entero al amor de las máquinas del aire, con toda la pasión de su juventud y con todo el entusiasmo de su noble patriotismo.

“Y cayó con nuestra gente de guerra un civil, Eduardo F. Justo, vástago promisor del ex presidente general D. Agustín P. Justo, que se desgajó de los afectos familiares dejando un inmenso vacío que no podrá colmarse con ningún recurso de la tierra.

“El Ejército Argentino ha querido dejar escrita su oración en este severo monumento. El dice que para encontrar a los muertos ilustres que perdimos hay que levantarse de la tierra y subir hasta los pies de la cruz enhiesta, que como una jaculatoria de esperanza tiende sus brazos, que no plegarán los vendavales sobre su memoria imperecedera.

“Los escudos del Uruguay y la Argentina mirarán con sus nobles atributos de libertad, de paz y de concordia, que fueron las verdades orientadoras de sus vidas; este lugar de su heroico sacrificio, como si fueran los ojos de la inmortalidad llorando el rapto violento de tantos valores y de tantas esperanzas.

“Señores militares de las naciones amigas: Nuestra gratitud a los superiores gobiernos y a los pueblos que representáis alcanza un potencial inigualable, porque es tan grande como el dolor que nos congrega junto a este modesto monumento. Vuestra compañía en tan triste ceremonia nos habla con elocuencia de vuestra solidaridad con nuestra desventura y pone en nuestros labios esta frase sencilla y elocuente: “¡Muchas gracias!”.

“Tierras de Itacumbú: Tierras de hermanos que dísteis el primer abrazo

de la muerte a nuestros compatriotas que cruzaron vuestro cielo empujados por la violencia del vendaval: ¡benditas seáis eternamente!; vuestro recuerdo y vuestro nombre perdurarán al través del tiempo y del espacio para recordar a las generaciones argentinas que junto a la desgracia que evoca vuestro nombre se confundieron las lágrimas de tres pueblos hermanados antes por el entendimiento y las comunes glorias militares e indisolublemente unidas hoy por el vínculo inquebrantable del dolor.

“Cúmpleme dejar constancia especial de la presencia a este homenaje del Excmo. señor embajador de los Estados Unidos del Brasil en la República Oriental del Uruguay, que en nombre de su gobierno ha querido testimoniar una vez más su profundo pesar por el luctuoso acontecimiento que hoy conmemoramos.

“Recibo de la Dirección General de Ingenieros del Ejército esta estela en que obreros de este país dieron realidad al pensamiento y a la gratitud argentina hacia sus muertos, y lo entregó bajo las caricias del sol y de la lluvia de estas soledades, a la veneración de los habitantes de estos parajes, para que les sirva de orientación en sus caminos y les recuerde a las generaciones del porvenir, la acción piadosa que sus antepasados hicieron con los cadáveres de nuestros camaradas”.

DISCURSO DEL GENERAL CAMPOS

“Señores embajadores. Señor ministro. Familiares de los caídos. Camaradas argentinos, brasileños y uruguayos. Señores: Venimos aquí hermanados, —como siempre— bajo la irresistible propulsión de nuestros corazones que se acercan, ya sea cuando los convocan mutuas alegrías o se estrechan en la solidaridad de los mismos dolores.

“Es el impulso natural de la sangre y de la historia que nos trae a esta piadosa ceremonia, para reavivar, una vez más, los generosos mandatos fraternales que nos juntan, más ceñidos, en esos grandes estremecimientos del espíritu familiar, como buenos hijos que somos de un mismo tronco común, mantenedores fieles de la tradición hogareña.

“Nos congrega, pues, un sentimiento que puede más que las separaciones geográficas y se desborda incontenible en emocionadas horas como las que vivimos, al llegar en peregrinaje cordial al pie de este hermoso monumento que el desgarrado dolor de un pueblo levanta en tierra amiga, como un símbolo imperecedero de lo que pueden el noble y permanente arraigo de afectos comunes, en los que se confunden pesarosos los hombres de allende y los de acá del río epónimo de nuestra nacionalidad.

“Y queremos que armas y alma de nuestro pueblo, rindan el homenaje recordatorio y de adhesión sin límites, a la memoria de los caídos en este sitio ya histórico, en aquella tarde trágica del 9 de enero de 1938, en que llevados en alas de un alto ideal de concordia, se juntaban, jubilosos, con otro amigo bien querido, cuya representativa presencia aquí nos halaga y muestra una vez más que en América las patrias son soberanías de pueblos miserias,

"Triste e injusto fué el destino de aquellos hombres que en un momento de paradójal optimismo los acechaba la catástrofe. Por eso, los tres pueblos cuya representación traemos, sintieron lacerado su corazón de hermanos por el dolor inconsolable.

"Pero si aquella crueldad fué dura, al hacer desaparecer tantos altos valores de una patria ejemplar, que por última vez desde aquí vieron en el lejano horizonte de la tarde brumosa por la borrasca del confín distante de la tierra querida, —a la cual volverían amortajados en banderas amigas,— esta gran desdicha exaltó desde lo más profundo de nuestras entrañas, todo el desprendimiento de la simpatía latente que se tradujo en el amargo rictus de un idéntico dolor, haciéndonos comprender que era tan nuestra la amargura de tal desastre, como lo era para la tierra argentina que lo sufría directamente.

"Así se inmolaron en la fe de un ideal, aquellas vidas generosas, y la gran desgracia repercutió en todos los ámbitos del solar uruguayo, como algo íntimo y propio. Y no hubo protocolos de cancillerías para que las banderas patrias se abatieran y los honores militares se rindieran obedeciendo órdenes generales, sino que el movimiento unánime de las armas a la funerala, fué espontáneo, como el homenaje sincero de los corazones transidos por la pena.

"Aquí cayeron, el querido amigo personal, íntimamente ligado por igual nombre e igual graduación a nuestra familia militar, que fué el pundonoso coronel Schweizer, oficial de valía incomparable, al cual sonreía un cercano futuro de elevada culminación profesional, y hago este aparte, señores, por ser el más graduado de los que se perdieron, junto a los tenientes coroneles Berardo, Posadas y Bergamini, realidades magníficas, más que promesas, de ese admirable ejército que vos representáis supremamente, señor ministro, y con ellos, la simpática figura del mayor Vergani y la del distinguido oficial de marina —como para que todas las fuerzas armadas estuvieran representadas en el holocausto— teniente de navío Oreschnick y los sargentos Castillo y Leveratto, que también pagaron su tributo en nombre de los abnegados clases de tropa, y aquí confundió sus juveniles carnes destrozadas, el propio hijo del primer magistrado —como democrático aporte a la desgracia— promesa en plena flor y digno componente de esa ilustrada falange universitaria argentina que honra con su talento la elevada cultura de su pueblo.

"Fué una gran desgracia para la patria hermana tanta pérdida irreparable; y en el gran dolor compartido, sentimos de lo hondo, una vez más, que nos eran caros como cosa propia.

"Este pedazo de solar nativo, recoge el recuerdo de la tragedia en las bellas y serenas líneas de este monumento que el artista argentino plasmó y el artesano uruguayo realizó en simbólico consorcio. Y su materia, extraída de la entraña vernácula y su firme subsuelo que lo sustenta, lo adhieren a la tierra como la inconmovible amistad que lo anima.

"Y es cielo azul oriental el que lo recorta en la solitaria y melancólica colina de Itacumbú en que se yergue; y es sol dorado, el mismo de nuestras

banderas, el que lo ilumina dándole su claro-oscuro armonioso, y es luz de luna que platea las aguas de nuestro viejo río común, el de nuestros Treinta y Tres, el que le presta subjetiva grandeza en el silencio imponente de la noche campesina, y es el soplo de auras que viene de cuchillas y montes hermanos el que, al enfilarse en su cruz calada, dará música como salmos de eternidad a este solitario paraje, que ya cobra algo de místico y misterioso con la presencia de esta estela que hemos de cuidar como prenda de conjunción de sentimientos profundos y que ha de velar el chajá vigilante cuando el gaucho viajero se quite respetuosamente su sombrero al cruzar a su vera.

“Deposito señores, la ofrenda de nuestra adhesión en la forma simbólica de esta corona en la que el bronce ha buscado la forma inmortal de la palma, del laurel y del roble, que constituyen la trilogía moral representativa de los valores espirituales que alentaron los varones fuertes que aquí cayeron y que son los vuestros, porque sabemos que el infortunio no hará decaer un ápice vuestra gallardía.

“Traigo así, en forma material, el imperecedero sentimiento de adhesión a este acto del gobierno de la República, de nuestro pueblo, tocado en su sensibilidad y de las fuerzas armadas, que sienten la congoja por las luminosas vidas inmoladas.

“Y traigo también la voz de mando que mi cargo me permite impartir, para que nuestros soldados rindan honores merecidos y nuestra bandera se incline reverente ante los venerados muertos que glorificamos en esta ceremonia.

“Y depongo, por fin, el immaculado gesto solidario de fraternidad en la hora que se reverencia y enaltece la memoria de los predilectos, que la fatalidad quiso que su antorcha viril se apagara en el esplendor de la carrera”.

DISCURSO DEL TENIENTE 1º ROJAS

“Señores: Habéis escuchado la palabra oficial de los pueblos que unió una vez más esta dolorosa tragedia que recordamos hoy. Traigo la palabra de un pedazo del corazón de los amigos y compañeros de tarea de estos nueve argentinos a quienes la historia quiso recoger en sus páginas. Sus nombres, tan familiares y tan ligados a mis sentimientos, no puedo recordarlos sin una protesta contra el destino. Destino que quiso que algunos de ellos, sin ser pasajeros de ese avión, viajaran en él. Destino que hizo que cambiara mi asiento a último momento por uno de ellos. Destino que troncó grandes esperanzas y que dejara sin consuelo a los que lloramos todavía. Pero no somos los hombres los que vamos a atribuirnos todo, y no puede ser tampoco Dios, con su bondad infinita, el que cargue con nuestras protestas. No, el Divino Creador escogió nueve seres humanos, nunca mejor escogidos si tenemos en cuenta las cualidades y condiciones que habían demostrado cada uno. Los escogió para immortalizarlos; los escogió para que sean ejemplo de virtudes entre nosotros; los escogió para exhibirlos a la humanidad entera, como mártires de una gran causa: la paz. La paz, que

es unión, es orden, es concordia, es lo más grande que anhelamos, y por ello le rogamos siempre a Dios que la conceda a los seres más queridos cuando emprenden su viaje sin retorno. Schweizer, Berardo, Posadas, Bergamini, Vergani, Oreschnick, Justo, Castillo y Leveratto sellaron en Itacumbú la unión de los pueblos del Plata: sus nombres aquí grabados bajo la cruz de Cristo y de los escudos uruguayo y argentino, serán testimonio eterno de ese gran deseo de solidaridad. Hay quienes pretenden todavía buscar las causas originarias de esa gran tragedia; vana tarea y lejos de la mano del hombre. Las causas están dentro del mismo motivo que exigió la partida de las alas plateadas de El Palomar. De El Palomar no podían salir águilas de guerra, sino palomas de paz. De El Palomar partió el 9 de enero una bandada de ellas, portadoras de una caracterizada embajada de confraternidad con nuestros hermanos del Brasil, embajada que encabezaba el presidente de los argentinos. El Brasil ha tenido pruebas inequívocas de la sinceridad de nuestros sentimientos, y es por eso que su palabra no podía faltar en este acto. Brasil, Uruguay y Argentina rinden homenaje reafirmando una vez más la idea generadora del viaje luctuoso que terminó aquí en Itacumbú. Nosotros, los amigos y compañeros de quienes dieron su sangre para rubricar ese propósito de paz, afirmamos solemnemente que estamos dispuestos a seguir la ruta señalada en vida por ellos, y esperamos que los hermanos de la Cruz del Sur y los hermanos del Plata serán igualmente solidarios siempre, como lo fueron en los momentos de dolor.

“Señor misericordioso: Tú, que los visteis caer en medio de las furias de la tempestad. Tú, que has elegido estos ilustres varones para simbolizar tu anhelo de paz en la tierra, haz que ella los acompañe en el cielo”.

El señor capitán (R.), del Ejército uruguayo, don Jacinto Salvagno, remitió, al señor presidente del Círculo, general don Bautista Molina, una carta llena de emoción y de patriotismo recordando el tristísimo acontecimiento de Itacumbú y hermanando el sentimiento uruguayo con el argentino en frases de verdadera unción y nobleza.

Homenaje a la memoria del coronel D. Abraham Schweizer.

Se realizó el día 9 en el cementerio del oeste el homenaje del ejército y la marina del Paraguay a la memoria del coronel D. Abraham Schweizer, en ocasión de cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento en el sinietro de Itacumbú.

Consistió el homenaje en la colocación, por parte del agregado militar del Paraguay, mayor D. José Atilio Migone, de una ofrenda floral en la tumba que guarda los restos del extinto jefe.

Asistieron al acto, además de la viuda del coronel Schweizer y otros deudos, el ministro del país hermano, doctor Higinio Arbó; el delegado del Paraguay a la Conferencia de Paz, doctor Efraín Cardoso; en representación del ejército nacional, el teniente coronel D. Rafael Jándula, los mayores